

Jaime Jaramillo Uribe

**Algunos aspectos
de la personalidad
histórica de Colombia**

UNIVERSIDAD DE CALDAS
BIBLIOTECA CENTRAL
CALLE 100 No. 100-000
CALLE 100 No. 100-000

1. Unidad y diversidad de Hispanoamérica

Para quien no ha desarrollado el sentido de lo histórico, Hispanoamérica aparece como una realidad homogénea y bastante simple en sus manifestaciones culturales, sociales y aun geográficas. Dentro de las categorías del vocabulario que se ha puesto en moda en la Ciencias Sociales, la parte sur del hemisferio está constituida por un conjunto de países subdesarrollados económicamente, que poseen una estructura social muy semejante y unos antecedentes históricos comunes.

Para esta visión simplificadora, las sociedades hispanoamericanas poseen generalmente una estructura social formada por dos polos extremos. De un lado una clase social de terratenientes de hábitos y cultura españoles, con sus convicciones de hidalguía, su menosprecio del trabajo, su religiosidad de tipo medieval y su mentalidad arcaizante. Suele concederse que a partir de la Independencia (1810) a la herencia cultural española se agregaron algunas influencias inglesas y francesas que modificaron la mentalidad y costumbres de la clase dirigente y la divorciaron más de las dirigidas.

En el otro polo de la sociedad existirían las clases bajas compuestas por campesinos de acentuada ascendencia indígena y obreros y artesanos de mentalidad muy cercana a la de las masas rurales, pues en su gran mayoría tienen origen rural. La cultura de estos grupos sería lo que los antropólogos modernos denominan una cultura *folk* o una subcultura formada por actitudes muy elementales que denuncian su procedencia campesina y su remoto ancestro indígena. En la etapa actual de tránsito de la sociedad colonial a la sociedad industrial y urbana habría aparecido una amplia capa de desclasados a los cuales se les ha dado el nombre de "población marginal". En una palabra, estas sociedades a más de rígidas serían inorgánicas, es decir, no formarían sociedades integradas nacionalmente, no serían naciones en el sentido moderno y occidental.

Ahora bien, no podríamos decir que este esquema es totalmente falso y que no sirva de modelo para referir la realidad de algunos países hispanoamericanos. Algo de esto, en diferentes grados, hay en cada uno de ellos, pero este grado y sus diferencias son de mucha importancia

para el historiador y son decisivos para la comprensión de cada uno de los países del continente. No es totalmente falsa esta visión, pero es incompleta y suele conducir a graves errores de apreciación y análisis. Por ejemplo, no se detiene ni capta los matices, a veces protuberantes de estructura social o de ritmo en el cambio, ni en la diversidad que desde sus orígenes presentan la contribución del elemento español y del elemento indígena. Tampoco se detiene en el particular acontecer histórico que ha marcado grandes diferencias en los desarrollos nacionales. Debe reconocerse, claro está, que en los últimos años han aparecido, tanto en Hispanoamérica como en los Estados Unidos historiadores sensibles a estos matices y diferencias. Pero no puede negarse tampoco que las precitadas generalizaciones son todavía muy tentadoras y que las concepciones simplificadoras tienen aún numerosos representantes, no sólo fuera, sino en los propios medios intelectuales latinoamericanos. Por esto siempre será necesario llamar la atención sobre los factores históricos diferenciadores, comenzando por distinguir las grandes regiones socio-culturales, sus diferentes grupos nacionales y aun dentro de éstos las diferencias regionales. Conocidos los factores individualizadores y tenidas en cuenta las categorías que unifican a Hispanoamérica como cultura, podrá lograrse una auténtica síntesis y una verdadera comprensión de su ser histórico.

Comencemos recordando que hay por lo menos tres Hispanoaméricas. La que podríamos llamar Indoamérica, para usar el vocablo que hace algunos años puso en uso el político y escritor peruano Víctor Raúl Haya de la Torre; la que podríamos llamar Afroamérica, y finalmente la que, para darle algún nombre, podríamos llamar Euroamérica. La primera estaría formada por los países de la región Andina Occidental del continente y comprendería a México, los países centroamericanos, Colombia, Venezuela (especialmente la parte andina), Ecuador, Perú, Bolivia y Paraguay. La segunda, formada por la parte del continente que mira hacia el Atlántico, estaría compuesta por los pueblos del Caribe, la fachada de Colombia y Venezuela que mira hacia este mar, y el Brasil del Nordeste. La última comprendería los llamados por los geógrafos países del cono sur, es decir, Brasil meridional, Uruguay, Argentina y Chile. Lo característico de la primera sería su formación a base de una unión entre la cultura española y las fuertes culturas indígenas prehispánicas, densas desde el punto de vista demográfico y cultural. La segunda se caracteriza por la unión de un

vigoroso aporte de población negra africana con lo español y lusitano, y la última, por ser en ella muy débil el aporte indígena o el negro y muy fuerte el aporte español y el de la inmigración europea extra-peninsular.

Naturalmente, el esquema anterior es ya una simplificación y en su seno hay que establecer distinciones. Empecemos por destacar en cada caso las diferencias en cuanto al aporte indígena, ya por su densidad demográfica, por el simple hecho del número, ya por su densidad cultural. En la región que hemos denominado Indoamérica encontramos que este aporte es en México, Guatemala, Perú, Bolivia y Ecuador cuantitativa y cualitativamente mucho más vigoroso que en Colombia y en países centroamericanos como Costa Rica —que es casi puramente español—, Nicaragua, Honduras, El Salvador y la región andina de Venezuela. Esa mayor densidad del elemento indígena en los primeros países mencionados ha sido decisiva para su evolución nacional y para la problemática social contemporánea.

Iguals matices diferenciales encontramos en las áreas que hemos denominado Afroamérica y Euroamérica. En general en el Caribe y en la fachada atlántica del continente ha sido muy fuerte la influencia negra, pero hay grados que van desde el caso de Haití, país casi completamente negro, hasta el nordeste del Brasil donde se ha formado una verdadera subcultura mestiza arolusitana, dejando de por medio casos como el de Cuba y Puerto Rico donde el elemento español y el africano se han balanceado para formar una amalgama cultural de matices graduales, más acentuadamente español en Puerto Rico, con mayor presencia de lo africano en Cuba. Finalmente tenemos las costas venezolanas y colombianas del Caribe donde el cuño de la cultura lo ha dado el elemento hispánico, pero donde son evidentes las influencias africanas en la formación del tipo biológico y en la cultura popular (música, danza, lengua popular, folklore en general).

También encontramos expresiones individuales al echar una mirada a la historia y a la formación nacional de los países del sur. Aunque la parte meridional de Brasil, Uruguay, Argentina y Chile son los países más europeos de Hispanoamérica, hay entre ellos diferencias muy marcadas. Muy débil el aporte indígena en Uruguay y Argentina, débil ya desde la época prehispanica, la contribución europea ha sido en cambio muy fuerte y dominante gracias sobre todo al torrente inmigratorio que estos países recibieron en el siglo pasado y en el presente.

De mayor consideración ha sido la contribución indígena en la formación social del Brasil y Chile, pero sin que pueda compararse con la importancia que este factor ha tenido en los países andinos mencionados. El caso de Chile es quizás el más completo caso de integración nacional de Hispanoamérica dentro del fenómeno del mestizaje. Es el país donde se ha formado un verdadero tipo nacional y el que está más cercano a ser una nación en el sentido moderno.

Recordemos que el sustrato diferenciador de este proceso de formaciones nacionales y regionales estaba ya prefigurado en el mundo prehispánico, en primer lugar en el elemental hecho de la densidad cultural y la densidad demográfica. Mientras las culturas indígenas de México, Guatemala, Perú, Ecuador y Bolivia habían alcanzado un desarrollo muy complejo en todas sus formas de expresión, desde la organización política hasta la arquitectura y todas las manifestaciones de la cultura material y espiritual, las culturas indígenas de Colombia, Venezuela y Chile tenían una posición intermedia y las de los actuales territorios de Brasil, Uruguay y Argentina eran muy débiles tanto demográfica como culturalmente. Por esta circunstancia las primeras no pudieron ser eliminadas a pesar del destructor impacto de la conquista y la colonización, las segundas fueron absorbidas muy rápidamente por el proceso de mestizaje y las últimas dejaron muy escasas huellas en la formación de las nuevas nacionalidades. Mientras la población prehispánica de México suele apreciarse, según los diferentes investigadores, en cifras que fluctúan entre 4 y 25 millones (sólo para el México Central) y la del grupo andino Perú-Ecuador-Bolivia (antiguo Imperio de los Incas) se calcula también en varios millones, la correspondiente a Colombia y Venezuela alcanzaría una cifra que difícilmente podría pasar de dos a tres millones y la de los países del cono sur, la mayor extensión territorial del continente, posiblemente no sobrepasaba la cifra de dos millones. También la densidad cultural de estas últimas poblaciones, es decir, la riqueza y amplitud del mundo de sus formas, correspondía a su debilidad demográfica y al carácter disperso de su poblamiento¹.

¹ Rosemblat, Angel, *La población indígena y el mestizaje en América*, Buenos Aires, 1954, 2 vols.; Sherburne F., Cook y Woodrow Borah, *The indian population of Central Mexico. 1531-1610*, University of California Press, Berkeley, 1960; *The aboriginal population of Central Mexico on the eve of the spanish conquest*, Berkeley, 1963. *The population of Mixteca Alta, 1520-1960*, Berkeley, 1968.

2. El caso de Colombia. La realidad prehispánica

Dadas estas indicaciones de método y situación histórica general, veamos cuál es la posición de Colombia dentro de este panorama, para establecer los rasgos característicos de su personalidad histórica.

Comencemos por su realidad prehispánica. A la llegada de los españoles, el territorio que hoy forma la República de Colombia estaba habitado por una pluralidad de pueblos y culturas indígenas ubicadas en un territorio complejo, de difíciles comunicaciones, formado por un mosaico de paisajes y climas. En un territorio de más de un millón de kilómetros cuadrados, situado en pleno trópico, cruzado por tres grandes cordilleras que foman una abigarrada sucesión de valles, cuencas fluviales, altiplanicies y llanuras, habitaba también un abigarrado mosaico de comunidades sin unidad política ni unidad cultural. Desde el punto de vista demográfico lo más probable es que la cifra total de sus habitantes no hubiera sido mayor de uno, y con los cálculos más optimistas, dos millones de indígenas. Los núcleos más densos estaban localizados en la región andina, en tierras frías, de altitudes superiores a 1.500 metros, como las que hoy forman los departamentos colombianos de Nariño y Cauca en el sur, y en el oriente los de Cundinamarca y Boyacá, en cuyo centro se encuentra la actual capital de la nación, Bogotá². Este último sector, habitado por el pueblo Chibcha, fue probablemente el más denso demográfica y culturalmente. Sin embargo, de acuerdo con los datos más o menos bien fundados de que hoy disponemos, no pudo sobrepasar la cifra del millón de habitantes. Por ser el más densamente poblado, por estar situado en las mejores y más salubres tierras y en cierta forma por un azar de la historia, fue a partir de estas tierras y de este núcleo como comenzó a poblarse el país y fue aquí donde se constituyó el centro administrativo, cultural y político colonial más decisivo para la historia nacional: el llamado durante la colonia Reino de Santa Fe de Bogotá. O *El Reino*, simplemente, como se decía en el lenguaje del siglo XVII.

² Jaramillo Uribe, Jaime, *La población indígena en Colombia en el momento de la conquista y sus transformaciones posteriores*, Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, Bogotá, 1964; Friede, Juan, *Algunas consideraciones sobre la evolución demográfica de la provincia de Tunja*, Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, Bogotá, 1965; Colmenares, Germán, *Encomienda y población en la provincia de Pamplona*, Bogotá, 1969.

Esta pluralidad de tribus y culturas prehispánicas entre las cuales mencionaremos como más destacadas la Tairona y la Sinú, en la fachada atlántica; la Quimbaya, la Calima y la Tolima en la región andina centro-occidental; la Páez, la Guambiana y la Quillacinga, en el núcleo andino meridional (Pasto, Popayán); la Chibcha, ya mencionada en la región andina oriental, junto con la Guane, la Tuneba y la de los numerosos grupos de procedencia caribe que habitaban las vertientes occidentales de la cordillera oriental (Muzos, Colimas, Panches, etc.), esta pluralidad de tribus y culturas, decimos, formaba un mosaico de reinos y cacicazgos que se combatían entre sí. Tenían además muy desigual desarrollo cultural y social³. Todos habían llegado a la cultura del preformativo, es decir, conocían las técnicas de la cerámica, el tejido de algodón, la agricultura del maíz y otros productos; la pesca con anzuelo, arpón y redes. Algunos habían avanzado hasta conquistar técnicas muy refinadas de orfebrería, como los Chibchas, Tolimas y Quimbayas y otros llegaron a tener una estatuaria y un arte cerámico muy avanzado como los tres pueblos mencionados y el grupo de Tumaco en el actual Departamento de Nariño. Desde el punto de vista de la organización política y social estaban en el período que el arqueólogo Reichel-Dolmatoff denomina de los "reinos". Sólo el grupo Chibcha comenzaba a superar este estado de fragmentación política para constituir una federación de tribus, proceso que fue interrumpido por la conquista española⁴.

En otros aspectos de la cultura era también muy desigual esta constelación de pueblos. Los grupos de ascendencia caribe, muy numerosos en los valles interandinos de la región central (Cauca, Valle, Tolima, Huila, Antioquia) eran belicosos y practicaban el canibalismo ritual. Otros, como el Chibcha, crearon una rica mitología y tuvieron una religión de alto sentido ético que incluía una casuística minuciosa sobre delitos contra la propiedad, el homicidio y la pereza⁵. Ninguno de ellos tuvo una gran arquitectura ni conoció la construcción en piedra, con excepción de los Taironas de la Costa Atlántica de extensión e influen-

³ Duque Gómez, Luis, *Prehistoria* [de Colombia], en *Historia Extensa de Colombia*, Bogotá, 1965, 2 vols.; Reichel-Dolmatoff, *Colombia*, Londres, 1965.

⁴ Reichel-Dolmatoff, Gerardo, op. cit. 142 y ss.

⁵ Pérez de Barradas, José, *Los Muiscas antes de la Conquista*, Madrid, 1951, 2 vols.

cia muy reducidas⁶. Su forma de poblamiento era dispersa, de manera que ninguno de ellos llegó a tener concentraciones de carácter religioso o profano comparable a las que tuvieron las culturas mexicanas o peruanas, concentraciones que de alguna manera pudieran calificarse de ciudades. Los andinos, particularmente, fueron grandes agricultores y habían constituido culturas sedentarias, muy enraizadas en la tierra. Estos núcleos fueron los que menor resistencia opusieron a la conquista, los que menor destrucción sufrieron en el período colonial y por lo tanto los que mayor contribución biológica y cultural suministraron al proceso de mestizaje. En este grupo se cuentan los indígenas del altiplano de Nariño y tierras altas del Cauca y los de las tierras altas de Cundinamarca y Boyacá, es decir, el gran núcleo de la cultura chibcha. Fuera de estos sectores la población indígena de Colombia sufrió una destrucción relativamente rápida si se compara el fenómeno con lo ocurrido en otros países andinos como el Perú, Bolivia y el Ecuador. Este proceso se pone en evidencia al estudiar la historia de una institución tan característica y decisiva para la historia social de los pueblos hispanoamericanos como fue la encomienda.

3. *La encomienda y la estructura social*

En efecto, como es obvio, la encomienda se hizo fuerte y constituyó una institución básica de la nueva sociedad allí donde la población indígena fue numerosa y no sufrió una destrucción rápida en el proceso de conquista y colonización. En el caso de Colombia la institución era muy débil ya en la primera mitad del siglo XVIII. Las dos zonas en que tuvo significación económica y social y donde fue vigoroso el grupo de los encomenderos hasta mediados de esta centuria, fueron los actuales territorios de Cundinamarca y Boyacá, en la antigua región de *El Reino*, y en el sur del país la zona correspondiente a los actuales departamentos de Nariño y Cauca. En la provincia de Tunja, perteneciente a la primera de estas zonas y sin duda el mayor centro de población Chibcha prehispánica, había, en 1565, 132 encomiendas, pertenecientes a 97 encomenderos, con un total de 35.480 indígenas tributarios. En la segunda, Pasto y sus pueblos circunvecinos tenían,

⁶ Duque Gómez, Luis, op. cit. Reichel-Dolmatoff, op. cit.

en 1590, 77 encomiendas con 6.938 indígenas de tributo. En la región de Tunja existían 41 encomenderos que poseían más de 200 indios de tributo cada uno; unos 18 poseyeron entre 500 y 1.000 indígenas y sólo dos, el mariscal Jiménez de Quesada, conquistador del reino y fundador de Santa Fe de Bogotá y Gonzalo Suárez Rondón, fundador de Tunja, tuvieron cada uno más de 1.000 indígenas de tributo. Muy pocas encomiendas en el Nuevo Reino rentaron cinco mil pesos al año ⁷.

Fuera de estos dos núcleos, en la periferia costera del Atlántico, en las provincias centrales (Antioquia, Valle, Tolima, Huila) y en los actuales territorios de Santander la encomienda tuvo muy precario desarrollo y estaba en camino de desaparecer desde fines del siglo XVII. Según la tasa de tributo correspondiente a los encomenderos de Cartagena en 1610, 33 encomiendas poseían sólo 558 indígenas tributarios ⁸. Sólo una de ellas tenía más de 50 indígenas y el promedio resultaba inferior a 18 indígenas de tributo por encomienda ⁹. En Antioquia, cuando visitó la provincia el oidor de la Real Audiencia Francisco Herrera Campusano, en 1614, encontró 35 encomiendas con 845 indígenas de tributo, de manera que cada encomendero tenía un promedio de 24,14 tributarios ¹⁰. Una situación semejante encontraba en 1670 el Visitador Vargas Campusano en las tierras de Santander ¹¹. No había allí sino dispersas y débiles encomiendas con un promedio inferior a 15 tributarios. Al finalizar el siglo XVIII la Institución se hallaba casi to-

⁷ Jaramillo Uribe, Jaime, op. cit., apéndice documental sobre encomenderos de Tunja y Pasto, en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Bogotá, 1964-1965.

⁸ Archivo Histórico Nacional de Colombia (AHNC), *Visitas de Bolívar*, T. I, ff. 826r, 826v.

⁹ Reichel-Dolmatoff, Gerardo, *Datos histórico-culturales sobre las tribus de la Antigua gobernación de Santa Marta*, Bogotá, 1951, 47-9.

¹⁰ Parson, James J., *La colonización antioqueña en el occidente colombiano*, Medellín, 1950, 50. Posteriores estudios del autor del presente ensayo han confirmado el limitado volumen de la encomienda en Antioquia y en el Valle del Cauca.

¹¹ AHNC, *Visitas de Boyacá*, T. I, ff. 14, 19, 33r. En la provincia de Vélez 3 encomiendas tenían 84 tributarios. En 1774 el fiscal Moreno y Escandón pudo constatar que la encomienda casi se había extinguido en dicha provincia. Resguardos de Santander, T. I., ff. 634 y ss. Véase también, el informe de Verdugo y Oquendo, en *Anuario Colombiano de Historia Social*, Bogotá, 1963.

talmente extinguida en el Nuevo Reino. Sólo subsistían algunas encomiendas de importancia en la provincia de Santa Fe¹².

Para la Historia Social de Colombia los hechos que hemos descrito han tenido las siguientes consecuencias: 1^º Un rápido y temprano proceso de mestizaje. 2^º La formación de una estructura social relativamente abierta, sobre todo en aquellas provincias donde fue escasa la población indígena y débil la institución de la encomienda, puesto que el factor racial, como factor diferenciador, no tuvo la importancia que presenta en otros países hispanoamericanos. 3^º Una mayor posibilidad de integración nacional. 4^º Un mayor grado de hispanización de la cultura, tanto en la cultura popular (*folk*) como en las formas de vida de las clases altas. 5^º El carácter de mesura, medianía o término medio que presentan casi todas las expresiones de la vida social colombiana cuando se las compara con las mismas de aquellos países del continente donde el aporte indígena tuvo y aún tiene una densidad mayor.

4. Mestizaje e integración nacional

Vista la historia social hispanoamericana desde la perspectiva del proceso de formación de naciones en el sentido moderno y del paso de una sociedad de castas o grupos socio-raciales como fue la sociedad colonial, hacia una sociedad de clases, con mayor fluidez y dinamismo, Colombia ocupa una situación intermedia, pero de acentuado carácter positivo. La escasa densidad demográfica de su población indígena prehispanica o su destrucción rápida en la generalidad de su territorio y la reducida introducción de población negra determinaron un rápido proceso de mestizaje. Al finalizar el siglo XVIII, conforme al censo de 1778, en una población que se acercaba a un millón de habitantes el Nuevo Reino de Granada tenía, en cifras aproximadas pero muy cercanas a la realidad, una población blanca y mestiza que podría esti-

¹² Hernández Rodríguez Guillermo, *De los Chibchas a la Colonia y a la República*, Bogotá, 1949, 232 y ss. En 1808, según censo ordenado por el Virrey Amar, subsistían en la provincia de Santa Fe 4 encomiendas. AHNC, *Encomiendas*, T. XXXI, ff. 48v/50v. Hacia 1810, el tributo indígena representaba una suma de 47.000 pesos para el fisco de la Nueva Granada. En Quito era de 213.000 pesos en la misma época. Restrepo, José Manuel, *Historia de la Revolución de la República de Colombia*, Bogotá, 1943, T. I, XXXI.

marse en 80%, junto a un 15% de indígenas y un 5% de población negra¹³.

Excluidas ciertas zonas periféricas como las llanuras orientales del Orinoco y la Amazonia, o la provincia del Chocó, al terminar la época colonial sólo quedaban en el país algunos pequeños enclaves de población indígena como el representado por el grupo Páez-guambiano en las cercanías de Popayán (cuya población ascenderá hoy a unos 30.000 indígenas, por lo demás fuertemente aculturizados) o el grupo aruaco de los Kogi en la Sierra Nevada de Santa Marta con unos 2.000 miembros aproximadamente¹⁴. Al finalizar la dominación española las autoridades del Virreinato habían iniciado una política de reducción de aquellos grupos residuales que aún subsistían en algunas provincias y territorios centrales. Tal política se adelantaba por procedimientos que habrían conducido en la mayor parte de los casos a la completa exterminación de ellos, dado su escaso número y el estado de desorganización social en que se encontraban, pues en general, con excepción de los Guajiros, eran comunidades de unos pocos miles de miembros, dispersos y en estado muy precario de cultura material. Tal fue el caso de los Chimilas en el actual departamento del Magdalena, de algunos grupos del bajo Cauca y otros de las riberas del Río Magdalena¹⁵. Pero ninguno de estos enclaves tiene en la actualidad la magnitud suficiente para llegar a configurar lo que en la reciente historia social de los países hispanoamericanos se denomina en sentido exacto, un "problema indígena".

Si fue temprano y rápido el proceso de mestizaje biológico, también lo fue la sustitución de las culturas nativas por la española. Desde la primera mitad del siglo XVIII la lengua chibcha, la más extendida en su territorio, había desaparecido casi completamente, dejando apenas algunas huellas en el vocabulario del español hablado en el Nuevo Reino. Ya en las visitas que realizaban los funcionarios de la adminis-

¹³ Jaramillo Uribe, Jaime, *Mestizaje y diferenciación social en el Nuevo Reino de Granada en la segunda mitad del siglo XVIII*, Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, Bogotá, 1965.

¹⁴ Bernal Villa, Segundo, *Aspectos de la Cultura Páez*, Revista Colombiana de Antropología, Vol. I, Bogotá, 1959. Reichel-Dolmatoff, Gerardo, *Los Kogi*, Bogotá, 1950. Dada la estática demográfica que caracteriza estos grupos, la situación actual parece ser aproximadamente la misma.

¹⁵ Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, Nos. 3 y 4, Bogotá, 1965, 1968, sec. *Documentos*.

tración colonial a partir de 1650 en la mayor parte del territorio nacional no era necesario servirse de intérpretes indígenas, pues la mayoría de la población era, como se decía entonces, "ladina", es decir, se expresaba en español¹⁶. También fue muy rápida la sustitución de las antiguas religiones tribales por el catolicismo, al menos en sus formas externas y en sus ritos y a pesar de que los visitadores reales observan continuamente el incumplimiento por parte de los encomenderos de su obligación de proveer los pueblos de cura doctrinero, construir iglesia y dotarla de elementos litúrgicos. Pero en ninguno de los centros de poblamiento volverá a presentarse la campaña de erradicación de santuarios y prácticas de las antiguas religiones tribales que se presentó en 1590 en la provincia de Tunja¹⁷.

En estos aspectos, como en tantos otros, las realidades actuales están prefiguradas en la historia colonial. Si se tiene en cuenta, además, que ha sido un país sin inmigración en el pasado y en el presente siglo, es esa la causa de que se caracterice a Colombia como una nación integralmente católica y de buen hablar español.

El arte y la arquitectura colonial neogranadina también presenta esta categoría del término medio. Si se comparan sus iglesias y construcciones profanas —con excepción quizás de la arquitectura civil y militar de Cartagena de Indias— con las de México, Lima y aun Quito, las neogranadinas resultan de fábricas modestas, pero ricas en su interior por la fantasía y preciosismo de las decoraciones, tallas, imaginería y pintura. Ciertamente, no tuvo la Nueva Granada un esplendoroso barroco como el mexicano, el peruano o el quiteño, pero sus reliquias artísticas coloniales superan las de otras regiones hispanoamericanas donde tanto los elementos prehispánicos como los españoles mismos tuvieron menor volumen y densidad¹⁸.

¹⁶ Elías Ortiz, Sergio. *Lenguas y dialectos indígenas de Colombia*, en *Historia Extensa de Colombia*, Vol. III, Bogotá, 1965, 43 y ss.

¹⁷ Cortés Alonso, Vicenta, *Visita a los santuarios indígenas de Boyacá*, Revista Colombiana de Antropología, Vol. XIX, Bogotá, 1960.

¹⁸ Angulo Iñiguez, Diego, *Historia del Arte Hispanoamericano*, Barcelona, 1945/56, 3 Vols. Arbeláez Camacho, Carlos y Sebastián, Santiago, *El Arte en Colombia. La Arquitectura*, Bogotá, 1967, T. IV, segunda serie, *Historia Extensa de Colombia*.

5. Economía y sociedad

También la riqueza ha tenido desde los orígenes niveles apenas discretos y ha crecido a un ritmo lento y relativamente orgánico. No se han presentado en su historia económica coyunturas milagrosas de auge, como las conocidas por países hispanoamericanos con el petróleo, el salitre y otros artículos de exportación capaces de crear la prosperidad repentina. El caso del tabaco o la quina en el siglo pasado, sólo puede llamarse un "boom" en comparación con la languidez del comercio de exportación que tuvo la Nueva Granada hasta mediados de la centuria. Que unas exportaciones que alcanzaron por algunos años sumas apenas superiores a 5 millones de pesos pudieran crear una coyuntura de prosperidad y especulación, sólo es explicable por la pobreza tradicional del país y en ningún caso porque significaran altos niveles de riqueza¹⁹.

El fenómeno se hizo evidente a los viajeros europeos que comenzaron a visitar el país a partir de 1820. El francés Mollien afirmaba que no había en Santa Fe más de diez comerciantes que alcanzaran a tener un capital de 100.000 pesos e igual observación hacía el inglés John Stewart en 1830 al decir que el capital de los 14 hombres de negocio más ricos de la misma ciudad alcanzaría la suma global de 500.000 pesos. Esto en el campo comercial²⁰. Entre los terratenientes también fueron modestas las rentas, a pesar de que muchos poseyeron grandes extensiones de tierra en regiones como la Costa Atlántica, en el Cauca o en la parte del Reino correspondiente a Cundinamarca y Boyacá. Pero debido a la elemental técnica y al poco capital de trabajo, la rentabilidad era baja. Una propiedad como el mayorazgo de El Novillero, del Marqués de San Jorge, que probablemente tuvo de 60.000 a 70.000 hectáreas, no llegó a producir una renta de más de 18.000 pesos anuales, en una época en que un funcionario como el administrador de la renta de tabaco o el director de la casa de moneda ganaba un sueldo

¹⁹ Ospina Vásquez, Luis, *Industria y protección en Colombia*, Medellín, 1955. Nieto Arteta, Luis, *Economía y Cultura en la Historia de Colombia*, Bogotá, 1942. Safford, Frank, *Commerce and enterprise in Central Colombia, 1820-1870*, Columbia University, New York, 1965 (Policopiado).

²⁰ Mollien, Gaspard de, *Viaje por la República de Colombia*, Bogotá, 1944, 192. Stewart, John, *Bogotá*, in 1936-37, New York, 1938, 251, citado por Safford, op. cit., 19, 20.

anual de 2.500 a 3.000 pesos²¹. Safford calcula que el promedio anual de ingresos de los hacendados sabaneros era de 5.000 pesos a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX²². Por otra parte, la hacienda como explotación racional típica, con alta inversión de capital, fue en la Nueva Granada un fenómeno tardío, no anterior al siglo XVIII, limitado en general a las propiedades de la Compañía de Jesús, con excepción de la provincia del Cauca donde se hicieron grandes fortunas en la minería y donde hubo familias que contaron por centenares sus esclavos y por millares sus cabezas de ganado.

Tampoco conoció la Nueva Granada la economía de plantación como la conocieron Cuba y Brasil en el azúcar o Venezuela en el cacao. En su seno no pudo formarse, por lo tanto, una aristocracia de plantadores como la aristocracia mantuana del "gran cacao" o los "senhores de engenho" del nordeste del Brasil. La gran plantación azucarera ha sido en Colombia un fenómeno contemporáneo que muy pronto se convirtió en empresa agrícola industrial, tal como ha sucedido con el azúcar en el Valle del Cauca. Ni pudo formarse una aristocracia ganadera, con la fortaleza que esa clase tuvo, por ejemplo, en el Río de la Plata y la Nueva España donde existió la corporación de la Mesta. Individualmente hubo ganaderos ricos como José María Lozano de Peralta en la Sabana de Bogotá, que tuvo por muchos años el monopolio del abasto de carne para Santa Fe o los Arboledas del Cauca en cuyas dehesas de Japio se dice que llegaron a pastar 10.000 reses o la familia Caicedo de los Llanos del Tolima en cuyas propiedades de Saldaña pudieron trabajar cuatro mil peones y pastar de 20.000 a 30.000 reses. Pero éstas eran excepciones que no alcanzaban a constituir aristocracia ganadera como clase. Las haciendas ganaderas de la costa atlántica, por ejemplo, eran extensas en tierra, pero ocupaban escasos brazos y generalmente combinaban la agricultura, especialmente de caña, con la ganadería. De 26 haciendas ganaderas registradas en un censo de esclavos en 1776, sólo 5 ocupaban más de 50 trabajadores para atender labores de va-

²¹ Pardo Umaña, Camilo, *Haciendas de la Sabana: su historia, sus leyendas y tradiciones*, Bogotá, 1946, 210 y ss. El eventual cálculo, hecho por Safford, op. cit., 19, nota 10, parece realista.

²² Safford, op. cit., 19.

quería, agricultura y trabajo en trapiches de caña²³. Finalmente, debe recordarse que ninguno de los productos de la ganadería llegó a ser en la Nueva Granada un producto de exportación significativo. Ni el tasajo, ni el cuero, ni el sebo. Mayores fortunas se hicieron en la minería del oro en las regiones del Cauca y el Chocó, donde hubo familias que contaron sus esclavos por centenares. Pero las minas de la Nueva Granada tampoco alcanzaron los niveles de producción de los yacimientos argentíferos del Perú o México. No hubo en la Nueva Granada ni un Potosí, ni un Guanajuato. Cuando en los últimos años del siglo XVIII las exportaciones anuales medias de metales de México alcanzaron la suma de 20 millones, y las del Perú, 8 millones, las de Nueva Granada sólo ascendieron a tres millones²⁴.

Esta parquedad patrimonial de la clase de los propietarios neogranadinos explica el porqué aquí, menos que en otros territorios americanos, no pudo formarse una nobleza. Dentro de la parsimonia que tuvo la Corona para otorgar títulos nobiliarios en las Indias y aunque estos títulos, como decían los criollos, otorgaban nobleza sin privilegios, sin embargo en ninguna de las capitanías o virreinos los hubo en escala tan reducida como en la Nueva Granada. Una comparación superficial y únicamente numérica de los datos es muy significativa. México, el Perú y Cuba tuvieron no sólo marqueses, sino condes y vizcondes. En la categoría de marqueses, que fue la más general en las Indias, México tuvo 50, Perú 41, Cuba 54, Chile 10, Venezuela 6 y la Nueva Granada 5, incluyendo el marquesado de don Pablo Morillo²⁵. Cuando en 1805 la Corona ofreció a los neogranadinos cinco títulos de marqués, no hubo postores para adquirirlos. Algunos creen que fueron rechazados por razones de sensibilidad democrática, pero lo más probable es que los altos derechos fiscales que tales títulos imponían eran inmoderados para los patrimonios criollos del Nuevo Reino. El caso del marqués de San Jorge, don José María Lozano de Peralta fue típico. Como se sabe,

²³ Jaramillo Uribe, Jaime, *Esclavos y señores en la sociedad colombiana del siglo XVIII*, Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, Bogotá, 1963. El dato referente a *Saldaña*, hacienda de la familia Caicedo, dado por Safford, *op. cit.*, 33, puede ser exagerado en cuanto al número de peones tratándose de actividades ganaderas.

²⁴ Pereira, Carlos, *Historia de América*, Madrid, 1930, 394.

²⁵ Atienza, Julio de, *Títulos nobiliarios hispanoamericanos*, Madrid, 1947.

la Corona hubo de retirarle el título por falta de pago de los derechos de lanza ²⁶.

También en las costumbres, consumos y estilo de vida de la aristocracia rural criolla se hacía sentir la medianía económica. La rusticidad de las costumbres y la modestia de los atuendos y mobiliarios de los que pasaban por ricos propietarios sabaneros en 1823 sorprendieron a Gaspard de Mollien ²⁷. Sólo después de la Independencia, cuando las clases altas neogranadinas comenzaron a tomar contacto con el exterior, sobre todo con Inglaterra y Francia, empezó a existir el lujo en unas pocas mansiones, también en este caso en primer lugar en el Cauca, donde Japio, hacienda de Julio Arboleda impresionó al coronel Hamilton por sus vajillas de plata maciza, sus porcelanas francesas, los muebles europeos, el jabón de Winsor y el agua de colonia en los tocadores. Pero haciendas como Japio, con cerca de mil esclavos y varios miles de reses pastando en sus dehesas, hubo muy pocas en la Nueva Granada ²⁸.

6. *Caudillismo y civilismo*

Estas premisas económicas unidas a otros rasgos del desarrollo colombiano explicarían otro aspecto muy típico de la personalidad histórica de Colombia: la debilidad, casi la ausencia del fenómeno hispanoamericano del caudillismo militar, y en cambio la fortaleza que en su historia política y social han mostrado las clases civiles y los conductores políticos civiles.

En efecto, tomando esta categoría del liderazgo social en el sentido típico hispanoamericano, es decir, aceptando para el caudillo ciertos rasgos característicos como son su procedencia rural, el tomar su fuerza del ejército y el haber llegado a la jefatura por empresas o hazañas mili-

²⁶ Rivas, Raimundo, *Los nobles de la colonia*, Boletín de Historia y Antigüedades, N° 42, Bogotá, 1906, 321 y ss.

²⁷ Mollien, *op. cit.*, 181 y ss. Más noticias en el mismo sentido se encuentran en Le Moyne, Augusto, *Viajes y estancias en América del Sur*, Bogotá, 1945, 120 y ss.

²⁸ Hamilton, J. P., *Viajes por el interior de Colombia*, Bogotá, 1955, 2 Vol., II, 66.

tares victoriosas, Colombia ha carecido de caudillos²⁹. No ha existido en su historia una figura comparable a la de Rosas en Argentina, o a la de Cipriano Castro en Venezuela, o a López o Francia en el Paraguay, o a los caudillos de la Revolución Mexicana. Los conflictos que se presentaron entre militares y civiles después de la Independencia, se resolvieron siempre con el predominio de la orientación civil del Estado y de la política. Las dificultades que tuvo el Libertador Bolívar con los "doctores de Santa Fe" presagiaban ya esa tendencia del carácter nacional. Los militares que han ocupado la primera magistratura del Estado fueron letrados o políticos a quienes los azares de las guerras civiles llevaron ocasionalmente a la dirección militar. Tal fue el caso de una figura como la de Rafael Uribe Uribe, en el siglo pasado y aun la del mismo Santander. Antes de ser militar, Uribe Uribe se graduó de abogado en el centenario Colegio del Rosario, de donde salió para dedicarse al profesorado en la Universidad de Antioquia y al periodismo. Escribió sobre temas de economía, negocios y hasta publicó un trabajo lingüístico sobre los provincialismos y un tratado de urbanidad para uso de los niños en las escuelas públicas. En sus polémicas periodísticas en torno a la doctrina liberal demostró tener buenos conocimientos filosóficos y aun de teología. Pasadas las contiendas civiles Uribe Uribe volvió al periodismo y a compartir la dirección de su partido con escritores y políticos profesionales³⁰.

Todavía más dicente es el caso del general Tomás Cipriano de Mosquera, la personalidad de la historia de Colombia que parece acercarse más a la imagen del caudillo hispanoamericano. Enrolado en el ejército libertador desde muy joven, Mosquera hizo su carrera militar desde los cargos inferiores hasta las más altas jerarquías del ejército. Participó en las campañas del sur bajo la dirección de Bolívar; fue intendente militar de Guayaquil; luchó al lado del gobierno legítimo en

²⁹ Véase *Estudio sobre el caudillo*, Cuadernos de Sociología, N° 4, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Ciencias y Humanidades, Buenos Aires, 1966. En su libro *Cesarismo Democrático*, Caracas, 1961, 4ª ed., Vallenilla Lanz habla de los caudillos colombianos (p. 167 y ss), pero lo hace identificando el fenómeno del liderazgo político (por ej., en el caso de Rafael Núñez) con el caudillismo en sentido típico hispanoamericano, lo que no es sociológicamente correcto.

³⁰ Sobre Uribe Uribe, V. Eduardo Santa, *Rafael Uribe Uribe, un hombre y una época*, Bogotá, 1962. También Fernando Galvis Salazar, *Rafael Uribe Uribe*, Medellín, 1963. Sobre Mosquera, Tamayo, Joaquín, *Tomás Cipriano de Mosquera*, Bogotá, 1944.

la guerra civil de 1839-42. Ocupó el Ministerio de Guerra bajo la presidencia de Herrán y la presidencia de la República en cuatro oportunidades, una de ellas, en 1863, como supremo jefe de una revolución victoriosa. A más de su brillante carrera militar, Mosquera tenía a su favor todos los factores del prestigio y del poder. Pertenecía a una de las más aristocráticas, viejas y ricas familias del Virreinato. Entre sus antecesores se contaba un Oidor de la Real Audiencia y su padre, José María Mosquera y Figueroa, fue amigo y consejero de Bolívar. Tres de sus hermanos ocuparon altas dignidades de la Iglesia y del Estado. Joaquín, presidente de la República en 1832, Manuel José, Arzobispo de Bogotá y Manuel María, político y diplomático muy notable de mediados del siglo XIX. Fuera de estos factores sociales y políticos, tenía Mosquera las condiciones personales de un gran caudillo: ambición de mando, temperamento autoritario y valor militar. Sin embargo, cuando pretendió actuar como caudillo y prescindir del apoyo político de los partidos, fracasó, hasta el punto de que su carrera política puede considerarse una gran frustración. En 1866, cuando quiso gobernar basado en el poder personal, fue depuesto por la tradicional clase política colombiana, juzgado por el Congreso y deportado del país. Igual suerte siguieron todos los intentos de instaurar regímenes militares prescindiendo de los tradicionales factores políticos y de las élites civiles. Tal fue el caso del general Melo en 1854, del general Rafael Reyes en 1906 y el más reciente del general Gustavo Rojas Pinilla en 1956. Experimentada, segura de sí misma y flexible en casos necesarios, posesionada de su misión tutelar de una tradición, la clase dirigente política colombiana ha demostrado una consistencia poco común en los países hispanoamericanos, si exceptuamos el caso de Chile que por algunos aspectos es bastante semejante al colombiano. Una ya centenaria tradición de partidos políticos, en torno a los cuales se han creado mitos populares, ha sido un agente activo de esta tradición. El militar colombiano, por otra parte, ha contribuido también a fortificarla. Se ha formado en él una conciencia profesional y una convicción de que la política como actividad del Estado debe estar a cargo de políticos profesionales, de manera que el propio ejército ha llegado a ser una garantía y una parte constitutiva del llamado civilismo colombiano.

El fenómeno, por lo demás, tiene sus bases históricas y sociales. Economía, proceso social, forma del poblamiento y hasta la geografía han confluído para darle forma y consistencia. La debilidad de la eco-

nomía, más acentuada en la región central, asiento del gobierno, dio mucha fuerza al burócrata y al letrado. Varios núcleos urbanos de poblamiento (Cartagena, Popayán, Santa Fe, Tunja, Socorro, El Rosario de Cúcuta, Rionegro, Medellín) donde existieron colegios, seminarios y universidades coloniales, abrieron posibilidades educativas para la población criolla y mestiza. Por una tendencia presente desde sus comienzos históricos y observada por funcionarios y viajeros desde el siglo XVIII, los neogranadinos mostraron una capacidad intelectual bastante acusada, que no producía grandes cumbres, pero sí un tipo medio numéricamente abundante, acercándose así más al proceso de formación de élites que al de producción de grandes líderes.

Sobre todo la clase alta y media de Bogotá, el bogotano como tipo psicológico ha jugado un papel decisivo en esta evolución. Formado en una ciudad recoleta, actuando cerca a las autoridades de la Audiencia y del Virreinato, tomando parte en muchas funciones del gobierno y la burocracia; en contacto con los viajeros y altos funcionarios que venían de ultramar, experto en letras, derecho, teología y trato social; inteligente, ingenioso y flexible hasta mostrar considerables fallas del carácter, en el bogotano se fue creando un tipo de gestor político que ha tenido un papel de primer orden en la formación de la clase dirigente política colombiana. Desde Bogotá ha irradiado esa especie de bizantinismo que para muchos observadores caracteriza al colombiano educado. No se puede dudar de su agudeza e ingenio, decía el padre Gilij, en su *Ensayo de Historia Americana*. Son muy inteligentes y dados a la herejía, informaba a la Corte el Arzobispo González Compagnon. Con los de Lima y México, son los que tienen mayor preocupación por la ciencia y los problemas intelectuales, opinaba Humboldt³¹.

Hasta la geografía, que, según la tesis clásica y aun muy valedera de Sarmiento y Vallenilla Lanz, es una de las explicaciones de la existencia del caudillo militar hispanoamericano, ha contribuido a que Colombia no los haya poseído. En efecto, si la vida llanera y pastoril (la pampa) con su peculiar sociedad y género de vida ha hecho inevitable la supremacía del caudillo carismático y que la voluntad de éste haya sido la ley, en Colombia ha faltado también este factor. País

³¹ Véase Felipe Salvador Gilij, *Ensayo de Historia Americana*, Bogotá, 1955, pp. 254 y ss. Vergara y Vergara, *Historia de la Literatura en la Nueva Granada*, Bogotá, 1931, Vol. I, p. 426. Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de Nueva España*, París, 1822, T. I, pp. 226, 27.

formado y poblado a partir del *binterland* de la región andina, la llanura y la sociedad ganadera han tenido poco papel en su formación nacional. La llanura, el llano, como se dice en el vocabulario de Colombia y Venezuela, tuvo para la Nueva Granada poca importancia en la época colonial, si se lo compara con el papel jugado en su historia económica y social por las zonas mineras y agrícolas de la región andina. Sólo en la época de la Independencia, como centro de organización de la campaña libertadora y como lugar de reclutamiento de tropa, el llano vino a tener presencia significativa en la historia nacional. Pero es también significativo que la parte colombiana no produjese un caudillo como Páez, por ejemplo. El llanero colombiano contribuyó, pues, al proceso militar, pero no al político. La dirección del Estado y las fuerzas configuradoras de la sociedad seguían derivando, en lo que a Colombia se refiere, de la parte andina, urbanizada, asiento de formas de vida más complejas en el orden político, social y jurídico. En el caso americano —y aquí había algo sólido en la tesis de Sarmiento sobre la relación entre civilización y ciudad— como en general en la historia, parece confirmarse el hecho de que las formas más impersonales de vida son un producto urbano, una creación de las ciudades. También en América parece ser una ley del desarrollo histórico que a mayor urbanización, mayor complejidad de la sociedad y la cultura, mayor fuerza de las normas abstractas y menor participación de la voluntad personal en el proceso de liderazgo social y político. En los limitados valles y dehesas del interior de Colombia no podían surgir ni el jefe gaucho de la pampa argentina, ni el caudillo jinete de la llanura venezolana.

Discreta la contribución indígena en población, mano de obra y técnicas; mediana y de difícil logro la riqueza y medianas las formaciones sociales de clases y grupos; con numerosos núcleos urbanos que hasta hoy han evitado el gigantismo urbanístico, Colombia bien puede ser llamada el país americano del término medio, de la *aurea mediocritas*³².

³² Es muy probable que el desarrollo de los últimos 50 años haya cambiado en forma muy considerable la estructura social de Colombia, produciéndose una más acentuada y compleja diferenciación social. Pero es también muy verosímil que los factores históricos analizados en el presente esquema sigan gravitando sobre su estructura social manteniendo algunas de las características nacionales anotadas en él aun en medio de los nuevos cambios.